



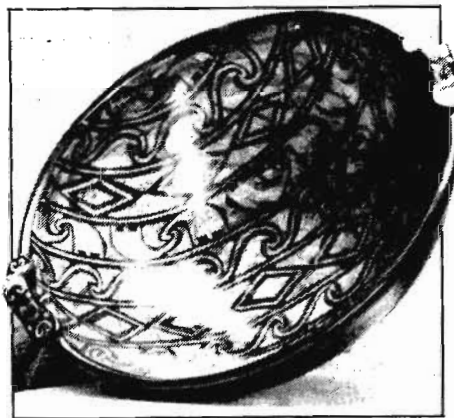
El "ceramista encantado" modela cuidadosamente una de sus piezas en el modesto taller que posee en La Encantada.

# El Ceramista Encantado

*En su refugio chulucanense, Max Inga da vida el barro y a la palabra.*

La vocación por la cerámica, aneja a una destreza sin igual, es una constante en los naturales de Chulucanas, cálido pueblo enclavado en las arenas de Morropón, departamento de Piura. Max Inga Adanaqué da fe lo indicado a través de los originales ceramios que elabora desde que era un niño, los cuales le han valido incluso el haber sido declarado "Embajador del Arte Peruano" durante una exposición que hizo en los Estados Unidos. Artista indiscutible, Inga ha incursionado también en la narración y está ahora por publicar su segundo libro de cuentos.

Por MARTINA THORNE



**C**HULUCANAS, la cálida tierra del mango y del limón, no sólo es conocida ahora por la bondad de sus frutales, sino, también, por el talento de sus ceramistas. A tres kilómetros de esta localidad se encuentra La Encantada, un pequeño y sosegado pueblo donde vive un artista multifacético: ceramista, narrador y burilador.

Hasta los 14 años, Max Inga Adanaqué fue un chico del campo que pasaba la mayor parte del tiempo ayudando a sus abuelos en la siembra de arroz, recolección de frutas y apañamiento de algodón y, en su tiempo libre, se distraía haciendo figuritas de arcilla en una ladrillera cercana a su casa. Una distrofia muscular, sin embargo, postró al inquieto mozallón en una

PASA A LA PAG. 72 D

VIENE DE LA PAG. 72 A

NORTE

silla de ruedas, incapacitándolo para el rudo trabajo de campo. Se dedicó entonces a hacer letreros para la posta médica y fue allí donde conoció a la religiosa norteamericana Gloria Joyce, quien descubrió su incuestionable vena artística.

-Vi que la madre había adornado su consultorio con unas piedras que hay en la sierra y me acordé de los juguetes que hice cuando era chico. Era época de mango cuando los llevé para regalárselos. Ella pensó que eran mangos, yo sonreí y saqué un pez rojo de arcilla, una palomita con las alas abiertas, una pistola, un hombre sentado en un sofá. Ella me dijo "serás un artista, esto que haces es cerámica". Esa fue la primera vez que escuché la palabra cerámica, y yo que creía que sólo los que salían en el cine eran artistas...

-¿De qué manera Gloria Joyce lo incentivó a continuar modelando?

-Ella me dio el dibujo de un tumi y me pidió que lo hiciera. Lo hice, y hasta le puse chaquiras de colores en la frente. Por cada tumi ella me pagaba 50 soles, que por el año 1970 era dinero para mí. Además me regalaba revistas y folletos de cerámica ilustrados. Dos años más tarde, en 1972, organizó mi primera exposición.

-¿Sólo hacía los trabajos que la madre le encargaba?

-No, hacía también lo que yo quería. En octubre del '72, durante la Semana de Piura, expuse en el parque Miguel Grau. Después tuve otras exposiciones en Catacaos, Sullana, Chulucanas, en el Centro Piurano y en el Instituto Nacional de Cultura.

Pero Max Inga llegó más lejos aún. En noviembre de 1980 llevó mates burilados y algunas piezas de cerámica a Houston, San Antonio y Washington, en los Estados Unidos. Su obra tuvo tal acogida que fue declarado "Embajador del Arte Peruano" en Washington.

Ahora, en su taller de La Encantada, algunos jóvenes aprendices siguen de cerca la entrevista. Entre sus manos, la arcilla se torna suave y va tomando forma. Uno de sus alumnos modela una garza; otra, con trazo firme, dibuja el rostro de una hilandera y una pequeña de siete años tiene casi terminado un gracioso búho.

-¿Desde cuándo enseña Max?

-Desde 1983. Comencé enseñando a Roso Alamo las técnicas del burilado y la cerámica. En seis meses aprendió, y eso que venía luego de sus faenas en el campo. Ahora él tiene su taller propio, como Esther Inga, Orlando Sullón, Rómulo Cherrés y muchos otros. En estos momentos doy clases a un grupo de siete chicos.

-¿Cuál es el material que utiliza en sus obras?

-La arcilla, que es un barro más fino que el empleado para hacer ladrillos. Lo extraemos cerca de aquí, de las faldas de las huacas. En primer lugar, la arcilla se remoja; luego se cierne en

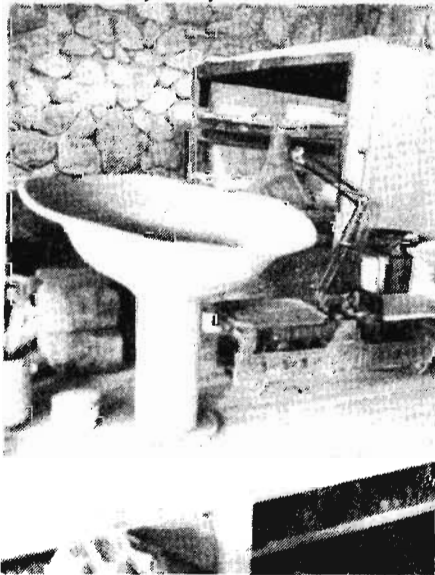
un cedazo, como quien cierne afrecho. Después colocamos la arcilla sobre planchas de yeso para que evapore la humedad, y es así como queda lista para modelar. Las piezas necesitan dos cocciones. De la primera salen rojizas y, una vez frías, son pintadas con ácido. Un segundo horno es forrado con hojas de mango para cocer las piezas nuevamente durante 20 minutos, luego de lo cual quedan listas.

Las mágicas manos de Inga recrean hilanderas, pescadores, fruteras, acémilas y burros cargados de alforjas, cabras, búhos y pájaros diversos. También ha querido rendir un homenaje al sacrificado hombre de campo con el "crucifijo campesino", en el que el machete y la lampa sirven de cruz al agricultor, que labora su vida entera bajo el candente sol en las áridas tierras norteñas.

Pero al ceramista también le gusta narrar. Y sabe cómo hacerlo: es elocuente, fluido, cuenta sus historias en detalle, cambiando el tono de su voz, ya en pregunta, ya en reproche, ya en admiración. Deleita a visitantes y amigos con historias de encantos: ánimas y desaparecidos, espantos, entierros, brujos, gentiles, duendes. No podría ser de otro modo, pues los lugares de La Encantada creen que tiempo atrás existió una laguna profunda que estaba embrujada, donde nadaban voraces animales de oro que, no pocas veces, devoraban a los hombres. Son muchas las historias que Max Inga aprendió de sus abuelos y conocidos. Hace algunos años, Anne Marie Hocquenghem, una antropóloga francesa que llegó a La Encantada, conoció al ceramista-narrador y le propuso escribir sus relatos. El CIPCA (Centro de



Una distrofia muscular impidió a Max Inga volver a caminar. Ello no fue obstáculo, sin embargo, para continuar trabajando y enseñando el arte de la arcilla.



Algunas herramientas para el trabajo en barro.

Investigación y Promoción del Campesinado), publicó el libro "Los Encantos de La Encantada", que tiene ya dos ediciones. Gracias al interés de Anne Marie Hocquenghem y a la prodigiosa memoria de Max Inga, se ha podido rescatar relatos que forman parte de la tradición oral de la cultura campesina del norte peruano. Historias que han sido transmitidas a través de las generaciones y que nos hablan de las costumbres, creencias, miedos y temores del pueblo norteño.

Por las mañanas modela piezas en arcilla, burila mates e imparte clases a sus alumnos. Por las tardes se reúne con familiares y vecinos a tocar guitarra y cantar. El toca el rondín, y aún se da tiempo para continuar escribiendo su segundo libro de encantos.

-¿Se siente orgulloso de sus logros?

-Alegre, feliz, sí. Pero ¿orgulloso? Orgulloso no. Creo que el orgullo no es bueno. ■